

APUNTES DE UNA EXCURSIÓN POR EL PIRINEO CENTRAL

BAGNERES DE LUCHÓN la elegante y antiquísima estación termal francesa, conocida ya en la época romana bajo el nombre de *Onesiorum Thermae*, me acoge hospitalaria después de mis correrías por el Pirineo Occidental, desde Larrau, simpático pueblecillo vasco-francés, hasta Lescún, en el país de Béarn, pasando por el majestuoso Pico de Orhy, la Peña de San Martín (coincidiendo con el tradicional tributo de las tres vacas) y por el bravo y altivo Pico de Anie o Añelarra, excursión interesantísima en extremo que la llevé a cabo en compañía de mi buen amigo Angel Sopeña, intrépido montañero del Club Deportivo de Bilbao.

Dotada la mundana villa de Luchón de lindísimos y encantadores parques y paseos, campos de sport y un coquetón casino con distracciones mil, resulta la estancia en la misma sumamente agradable y entretenida. Es, además, un centro de excursionismo de primer orden, dada su excelente situación. ¡Qué contraste de ambiente para el montañero que penetra en ella, después de varios días de permanencia en las soledades eternamente blancas de sus ingentes montañas!

No obstante tan tentadores alicientes, mi estancia en Luchón no se prolonga mucho tiempo, pues ávido de nuevas emociones y de contemplar de cerca la grandiosidad de los Montes Malditos, macizo el más alpestre y más importante de la Cordillera Pirenaica, la abandoné después de un par de días de reposo, para emprender la segunda parte de mi excursión alpina, de la cual he aquí los apuntes de mi Diario.

17 de Julio de 1927.

A la una y media de la tarde, salgo de la Avenida de Etigny en uno de los numerosos autocars que diariamente parten con dirección al Lago de Oo. Mis compañeros de viaje son: un súbdito alemán, un holandés y dos franceses; como se ve, una Babel de lenguas, si bien todos nos entendemos perfectamente en la del inmortal Molière.

A poco de abandonar la Villa por la Ruta Termal, franqueamos el One por el Puente de Mousqueres, dando cara al pueblecillo de Cazarih, colgado de la montaña cual nido de águila.

La carretera, sombreada por hermoso arbolado, va elevándose en empinada cuesta por el Valle de Larboust. A mano izquierda dejamos la Capilla de San Aventino, que se alza en el mismo lugar en que fué encontrado el cuerpo del Santo, y próximos a la aldehuela de Castellón, abandonamos la ruta de Bigorre, tomando la que se dirige a Oo, cuyo valle seguimos. Dos y cuarto de la tarde, Granjas de Astau, término de la carretera. Nos apeamos aquí y proseguimos el camino de herradura que va hasta el Lago de Oo, llegando a él después de una hora de marcha, un poco acelerada en su parte final ante la amenaza de una cercana tormenta que afortunadamente tuvo a bien respetarnos desviándose un tanto del lugar en que nos encontrábamos.

El Lago de Oo, o de Seculejo, situado a 1.500 metros de altitud y con una magnífica cascada al fondo, que se rompe entre las rocas, presenta un golpe verdaderamente grandioso. Su superficie es de unas 38 hectáreas, con una profundidad máxima de 67 metros. Circundado de escarpadas murallas, asoman altivas por detrás de la gran cascada las imponentes pirámides del Quairat, de la Tusse de Montarqué y de Spijeoles.

Después de tomar un refrigerio en la hostería situada a orillas del Lago y de deleitarme un buen rato en la contemplación de las bellezas de tan delicioso lugar, reanudo la marcha a las cuatro y cuarto, acompañado solamente del súbdito germano, que en gran «tenué» de alpinista, lleva la misma dirección que yo, o sea a pernoctar en el Refugio de Espingo, para al día siguiente escalar alguno de los picos que le rodean.

Tomamos el único sendero que se destaca a mano izquierda, y en múltiples zigzagueos vamos ascendiendo con toda tranquilidad. El Lago va sumergiéndose poco a poco ante nuestra vista y al reflejo de los rayos solares adquieren sus verdosas aguas las tonalidades más diversas.

A la altura de la gran cascada y muy próximos a ella, nos detenemos unos momentos para reposar, pues el bochorno nos hace sudar a mares, no obstante la lentitud de la marcha. Unos cuantos zigzagueos más y entramos en una estrecha cañada que nos conduce derechos al pequeño collado de Espingo (1.975 m.) Bello y sugestivo en verdad es el cuadro que nos ofrece la Naturaleza al llegar a este punto en que súbitamente se descubre el sonriente Circo de Espingo, a cuyo fondo dormita el Lago de su nombre y cercano a éste el de Saousat, parte del cual se divisa.

Enfrente y en primer término se yergue la Tusse de Montarqué (2.986 m.), cuya imponente masa parece querer avanzar hacia el centro del circo para ofrecer al turista su admirable mirador. Coronan el paisaje desde el Pico de Montarrouye al E., hasta el de Hourgade, al O., las altas cimas del Quairat (3.008 m.), Lezat (3.099 m.), Perdighero (3.228 m.), Seil de la Baque (3.114), y Spijeoles (3.065).

5, 30 de la tarde.—Refugio-guardado del Club Alpino Francés, enclavado a unos 150 metros del Lago de Espingo, en un paraje lleno de poesía y de encanto. El «tenancier», clásico francés de grandes mostachos, nos recibe con toda amabilidad, y nos prepara enseguida la cena, en la que no faltan las riquísimas truchas que tanto abundan por aquellos parajes. Inscrimos nuestros nombres en el libro-registro de tan excelente Refugio, y a descansar.

18 de Julio.

A las cinco de la mañana estamos en pié. Un breve desayuno y media hora más tarde en marcha, sirviéndonos de guía el pastor Joaquín Palacín, natural de Gistain (Huesca), que se encuentra allí al cuidado de un rebaño perteneciente al pueblecillo de Óo.

Por la parte del puerto de Óo, el cielo se hallaba muy encapotado y amenazador, pero a medida que fué avanzando el día, fueron disipándose las nubes, quedando al fin un tiempo espléndido.

Del Refugio nos dirigimos derechos al lago de Saousat, que lo contorneamos por el O., siguiendo después la orilla izquierda del torrente superior hasta llegar a la Coume de l' Abesque. Un cuarto de hora más de ascensión y penetramos en un paso estrecho de resbaladizas rocas, donde tomamos la dirección S. y, remontándonos de terraza en terraza, llegamos al lago helado del Puerto de Óo, a las ocho de la mañana. Este maravilloso lago, completamente helado (2.664 m.), se halla emplazado en un circo dominado por una cintura de altos picachos, cuyos relucientes glaciares circundan casi por completo el lago. Tras un rato de descanso en la base del Pico de Gourdon (3.038 m.) nos lanzamos a la conquista del mismo, cumbre que coronamos a las nueve, trepando por escabrosa roca. El escenario es soberbio: al N. el Pico de Spijeoles, tristemente célebre por haber hallado la muerte en él hace algunos años el alpinista y fotógrafo Marcel Spont; al E. las dos torrecillas de la Tusse de Montarqué; S. O. los Picos de Puerto de Óo y de las Gourg-Blancs; S. E. Picos de Perdighero y Seil de la Baque, con su vertiginoso glaciar, que llega hasta el lago helado. En la región de las Gourg-Blancs, percibimos claramente cuatro o cinco lagos, destacándose el de Caillouas, próximo al cual se levanta un Refugio.

9 - 20.—Emprendemos el regreso por el collado de las Gourg-Blancs. Atravesamos el glaciar sin dificultad, y a las diez, en el Puerto de Óo (2.901 m.), nos encontramos frente a frente con el macizo de los Posets, enclavado entre los valles de Gistain y de Benasque, cuyo punto culminante según el Conde de Russell, es el observatorio por excelencia del Pirineo, dado su aislamiento. En la lejanía y en dirección N. O., se vislumbra el macizo de los Montes Malditos, con sus niveos picachos perdidos entre la boira.

Traspuesta la frontera, iniciamos el descenso por la vertiente española por rápido y empinado canchal, muy molesto para andar.

11 - 45.—Entrada en el valle de Astos, donde hacemos alto para reponer fuerzas. Como el trayecto que nos queda por recorrer hasta el pueblo de Benasque es fácil y sin pérdida posible, despedimos aquí a nuestro simpático guía Joaquín, de cuyos servicios hemos quedado muy satisfechos.

Reanudamos la marcha a las 12-30, y siguiendo la margen izquierda del río Astos que surca el valle de su nombre, descendemos hasta la Cabaña de Turmo (1.680 m.) que muchos alpinistas la toman como base para la escalada al Pico de los Posets o de Lardana.

A la una y media de la tarde, cruzamos un puentecillo próximo a la Cabaña y pasamos a la margen derecha del río. El valle va estrechándose y rugen por él con estrépito las turbulentas aguas del torrente.

3,30.—Puente de Cubére, que da acceso al Valle de Benasque y franqueado el cual nos encontramos en el camino general de Benasque a Bagnères de Luchón, a orillas del Esera. En la época de los grandes deshielos, la impetuosidad de este torrente debe ser algo fantástico, a juzgar por su obra destructora en el camino que vamos recorriendo, que en muchos trozos se halla sembrado de enormes bloques de piedra.

4,15.—Entrada en el pueblo de Benasque, alojándonos en la fonda de la viuda del malogrado guía Sayó, de quien es hijo político el famoso guía Antonio Abadías, que se adelanta a saludarnos.

Antes de cenar, damos una vuelta por el pueblo, deteniéndonos a visitar la iglesia—que data del Siglo XI, y algunas curiosas casas antiguas, todo lo cual llama mucho la atención a mi compañero, por ser la primera vez que visita España.

19 de Julio.

El día se presenta verdaderamente espléndido, luciendo el sol sus mejores galas.

A las 7 y media de la mañana, previo desayuno, cargamos las mochilas a la espada y partimos solos los dos compañeros de fatigas del día anterior. Abadías nos despierta hasta el anochecer, que nos encontraremos en la Renclusa, para cuyo Refugio esperamos salir después de comer, acompañando a dos jóvenes alpinistas.

A poco de salir del pueblo nos encontramos con un simpático ciudadano, que galantemente nos invita a que carguemos las mochilas sobre su mulo, y excuso decir que accedemos gustosos a su invitación, deseosos de deshacerlos de tan pesada como molesta carga.

8,15.—Puente de Cubere, que lo dejamos a mano izquierda, entrando más adelante en un estrecho y salvaje desfiladero, para abocar a otro que se asemeja a una gran sima, dada su angostura

Como la jornada de hoy no es ni muy larga ni muy penosa y tenemos además todo el día por nuestra cuenta, caminamos con mucha lentitud, y haciendo múltiples paradas en los rincones sombreados que encontramos al paso, pues es de advertir que Lorenzo aprieta de verdad,

10 y media.—Baños de Benasque, a 1.702 m. de altitud, asentados en las faldas de una de las crestas que forman el armazón de los Montes Malditos.

Continuando por la ribera derecha del Esera, a través del valle de Benasque, conorneamos la base de la arista que separa los vallecitos de Remouñ y de Liteyrolles. Unos pasos más y se dá vista a la bonita cascada de Aguas Pasas, que proviene del torrente de Remouñ.

12 y media.—Hospital de Benasque, deteniéndonos para comer. Nos encontramos en el comedor con un numeroso grupo de holandeses, mujeres en su mayoría, que, procedentes de Luchón, se dirigen a Benasque.

Reanudada la marcha a las dos de la tarde, entramos media hora más tarde en el risueño valle del Esera y enseguida en el Plan des Etangs, en el que pasta abundante ganado caballar y mular, principal riqueza de Benasque.

Reposamos más de una hora bajo frondoso arbolado, y sacudiéndonos la pereza que nos tiene un tanto aplomados, nos disponemos a remontar el repecho final, toman

do el sendero que, zigzagueando, conduce a la Renclusa, en cuyo refugio caemos a las seis de la tarde.

El Xalet de la Reclusa (2.133 m.), construido por el Centre Excursionista de Catalunya, se halla situado en un lugar estratégico, y más que refugio vulgar de alta montaña, es un hotel, dada su amplitud y comodidad.

Esperamos la llegada de los alpinistas que salieron de Benasque después de comer, tumbados junto al refugio, dando cara a los puertos de Benasque y de la Picada envueltos ya por su inseparable compañera la boira. Brama a nuestros pies el espumeante torrente que tiene su nacimiento en el gran glaciar de la Maladetta, para perderse bajo las rocas de la Renclusa y brotar más abajo en numerosos manantiales que dan la formación del Esera.

El sol va declinando hacia el ocaso y sus últimos reflejos producen sobre la enorme masa del glaciar de la Maladetta preciosas tonalidades bajo un fondo blanco y azulado. Magnífico e inolvidable atardecer, de singular encanto en estos parajes sublimes de la alta montaña, en que la divina naturaleza se muestra tan pródiga en bellezas.

Alrededor de las ocho de la tarde llegaron sudorosos Abadías y compañeros, dos muchachos jóvenes, gallego el uno y aragonés el otro, que vienen animosos para efectuar al día siguiente la escalada al Aneto.

Cenamos con voraz apetito y a las 9 y media próximamente, nos entregábamos en brazos de Morfeo.

20 de Julio.

Son las tres y media de la madrugada cuando me despierto sobresaltado al oír unos golpes en la puerta del dormitorio. Es Abadías que viene a despertarnos, temeroso sin duda, de que se nos peguen las sábanas. Abro enseguida la ventana y observo con gran regocijo que el firmamento se halla cuajado de múltiples estrellas. La jornada do puede presentarse bajo mejores auspicios.

Momentos después bajamos al comedor y mientras tomamos un poco de café, la amable y simpática madre de Abadías nos prepara un poco de provisión para el camino.

Cuatro y cuarto de la mañana: en marcha, llenos de optimismo por la gran confianza que nos inspira nuestro guía, quien contando en su haber con unas trescientas escaladas al Aneto, tiene motivos para conocer palmo a palmo el terreno que hemos de pisar.

Aún es de noche, así que la salida del Xalet es verdaderamente fantástica en medio de aquel silencio, turbado únicamente por el rugir del torrente y por el ruido de nuestras pisadas. A la luz de la pálida luna vamos caminando por entre enormes bloques de granito y algunos pequeños neveros. Son las seis, cuando cruzamos el Portillón inferior (2.515 m.), a punto en que el astro-rey envía sus primeras caricias a la Maladetta. Tras un descenso por empinado canchal, entramos en el gran glaciar del Aneto, de unos cinco kilómetros de longitud, travesía que iniciamos lentamente y afirmando bien los pies para evitar las consecuencias de una glissade.

Si bien el guía llevó consigo un gran cordel, no consideró necesario que nos en

cordásemos, porque dada la gran cantidad de nieve que había sobre el glaciar, no se vislumbraban aún las lóbreas y peligrosas grietas.

Al llegar a unas rocas que cual islotes emergían de aquel inmenso desierto de nieve y hielo, hacemos alto para desayunar, prosiguiendo después la marcha, siempre ascendente, hasta el Collado Coronas (3.171 m.), que nos da la sensación de hallarnos en las regiones árticas, tan grande es la cantidad de nieve que por todas partes nos rodea.

Desde el Collado Coronas empezamos a remontar un cono de hielo, de pronunciadísima pendiente; afortunadamente, la nieve se hallaba en muy buen estado y efectuamos su escalada sin dificultad. Salvado este obstáculo, nos encontramos ya muy cerca de la anhelada cumbre, pero antes hay que franquear el famoso puente o paso de Mahomet, estrecha arista granítica, cortada a pico entre dos enormes abismos. La vista del paso señalado no ha podido menos de impresionarnos, pero a decir verdad, su travesía no presenta tan grandes dificultades como aparenta, dada la formación de la arista. El alpinista gallego, poco habituado sin duda a las emociones de la alta montaña, no se decide a pasar, no obstante los ánimos que le infundimos, prefiriendo esperar tranquilamente nuestro regreso.

9 - 30.—Cumbre del Aneto (3.404 m.) Como entusiasta montañero que soy, grande es la satisfacción y la alegría que experimento al hollar con mis pies la cima culminante de la incomparable cordillera pirenaica.

El panorama es realmente grandioso, imponente. Donde quiera que se extienda la vista, se encuentra con bravas y escarpadas crestas, relucientes glaciares, altivos y esbeltos picos de afilado perfil, profundos barrancos, nieves, hielos, humillados ante este coloso que todo lo aplasta.

Extasiado el montañero en la contemplación de la insuperable grandeza del ambiente que le rodea, se siente como transportado a otro mundo más elevado, lejos de las miserias humanas y cerca del Sumo Hacedor.

Al pie de los picos del Milieu y de la Maladetta, se divisa el vasto lago de Creguña que ocupa el fondo de la depresión que existe entre las dos crestas de los Montes Malditos. Bastante cercanos tenemos los Posets, Perdighero, Eristé y la cadena fronteriza, y a lo lejos, perdidos en el horizonte, los colosos Balaitus, Vignemale, las cumbres del macizo de Gavarnie, Tres Sorores, etc.

Disfrutando de deliciosa temperatura, permanecemos en la cumbre unos 20 minutos, abandonándola una vez inscritos nuestros nombres al pie de un pensamiento, en el libro registro del Centre Excursionista de Catalunya, que se halla depositado entre las piedras del mojón.

Salvado nuevamente el Paso de Mahomet, descendemos con gran rapidez por el glaciar, y así como a la subida cruzamos el gran contrafuerte que separa los glaciares de la Maladetta y de Aneto por el Portillón inferior, ahora lo hacemos por el superior (2.908 m.), yendo a parar en esta forma al glaciar de la Maladetta, por el cual nos deslizamos a ratos. Una vez abandonadas las nieves eternas, dejamos a mano izquierda el lago de la Renclusa y a las 12 del mediodía, estamos de vuelta en el refugio, satisfechísimos del feliz término de la ascensión. Un buen chapuzón en las gélidas aguas del torrente y enseguida al comedor a dar cuenta de la apetitosa comida que nos tienen preparada.

Abandonamos la Renclusa a las 3 de la tarde. Media hora antes salieron para

Benasque, los dos simpáticos jóvenes, compañeros del Aneto, pues a ser posible deseaban pasar la noche en Jaca. En el Plan des Etangs, tomamos el camino de herradura del Puerto de Benasque, por el cual penetramos en Francia, envueltos en densísima niebla. *7 de la tarde*, Hospice de France, deteniéndonos a pernoctar en su refugio-hostería.

21 de Julio.

Hospice de France, delicioso lugar para pasar unos días de tranquilo reposo. Dominado por la esbelta aguja de la Pique, es el punto de unión de los tres senderos que van a los Puertos de la Picada, de Benasque y de la Glère.

Me despido aquí del alemán Walter Wirtwein del Club Alpino Austriaco, con quien he convivido amigablemente durante cuatro días, y a las 9 de la mañana, salgo para Luchón, siguiendo los 10 kilómetros de pintoresca carretera, sombreada por magnífico dosel de frondoso arbolado.

* * *

Como complemento de esta interesante excursión alpina, aprovecho los fáciles medios de comunicación que existen para trasladarme desde Luchón al Valle de Arán (Lérida).

Franqueo la frontera por el Pont du Roy y pasando por Bosost, Lés, Las Bordas, llego hasta Viella, capital administrativa del Valle.

El principal río que cruza el Valle, es el Garona que tiene su origen en las lagunas de Sabouredo y pasa por Tredos, Salardú, Artiés, uniéndosele el río Nere al llegar a Viella y el Joueu, su mayor afluente, en Las Bordas. Ensanchase el río en los llanos de Bosost y Lés, donde recibe varios arroyos, saliendo del valle por el Pont du Roy para penetrar en Francia y desaguar en el Atlántico.

Verde es el colorido del paisaje y los poblados hállanse agrupados a orillas del Garona, porque el rigor del invierno impide la existencia de casas aisladas.

Existen numerosos lagos, algunos muy importantes, tales como: Estany del Mar, Rieux, Gerbel, etc. El alpinista tiene buen campo de acción en los Picos de Subenuils (2.952 m.), Colomás (2.930 m.), Montarto de Arán (2.827 m.), Salana (2.480 m.), Aguja de Sabouredo (2.764 m.), etc. Los pasos principales que comunican con España, son el de la Bonaigua (1.052 m.), por el que se inauguró recientemente una carretera que va hasta Lérida, el de la Picada (2.460 m.), el de Viella (2.435 m.), collada de Beret (1.860 m.)

Los Araneses, además del español, fancés y catalán, hablan un dialecto mezcla de gascón y de catalán, más del primero. Los primitivos pobladores del Valle, debieron pertenecer a las primeras razas ibéricas que del Oriente pasaron a España, estableciéndose en la región pirenaica y en el litoral del Mediterráneo.

* * *

Cuando de vez en cuando contemplo mis modestas producciones fotográficas, reproducense en mi imaginación las intensas emociones sentidas en mis inolvidables correrías a través de la incomparable Cordillera Pirenaica, de la que cada vez soy más entusiasta admirador.

JESÚS ESPEL

del Club Deportivo, de Bilbao

Agosto, 1927

